

Cano, Elena

Cómo mejorar las competencias de los docentes

Barcelona: Editorial Graó, 2005. 213 pp.

A nadie le cabe la menor duda de que la editorial barcelonesa Graó, desde hace algún tiempo, viene realizando una encomiable labor en el mundo de la educación, sacando a la luz libros de gran calidad y contrastado rigor científico a cargo de consumados especialistas en la materia. Sin ir más lejos, el libro que aquí se comenta está incluido en la colección “Desarrollo personal del profesorado”, de la que forman parte obras de Albert Serrat, Manel Güell o Carles Mendieta.

Cómo mejorar las competencias de los docentes tiene como primera virtud el hecho de que se trata de un libro muy manejable, no demasiado extenso, de unas dimensiones que nos recuerdan a los clásicos de bolsillo. Y, por si ello fuera poco, con una portada a todo color, muy atractiva. Una vez en su interior, antes de entrar en su contenido específico, que veremos líneas después, se observa, asimismo, el deseo de la autora (e, imaginamos, de la propia dirección editorial) de seducir al lector poniendo ante su vista unos titulares de gran tamaño, a los que le siguen esquemas, resúmenes, clasificaciones de fácil memorización, etc.

La obra –es preciso entenderlo desde el principio– no pretende aportar una nueva y original teoría sobre las competencias docentes. Antes bien, se trata de resumir lo ya existente y darle la forma necesaria para que los lectores, expertos o no en la materia, tengan un punto de partida sólido antes de adentrarse en este amplio y complejo mundo. De hecho, se trata, como reza en el subtítulo del libro, de una “Guía para la autoevaluación y el desarrollo de las competencias del profesorado”. Para que nadie se llame a engaño. En la primera parte, dedicada exclusivamente al estudio de las competencias docentes, la autora, la pedagoga y profesora de la Universidad de Barcelona, Elena Cano, recurre a las conocidas clasificaciones de Scriven, Angulo y Perrenoud, dejando para el final el documento de la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación, “cuyo objetivo es facilitar la adecuación de las titulaciones de maestro al Espacio Europeo de Educación Superior”.

Si lo que buscamos es la utilidad de esta obra (en ello radica, sin duda alguna, el éxito de su difusión entre los docentes), hay que decir que en esta parcela no decepciona en absoluto. En ocasiones, el libro se convierte en un decálogo de consejos que todos los profesores deberíamos tener siempre en cuenta ante los retos y las exigencias de la sociedad, los centros escolares y los propios estudiantes. Se aboga, por ejemplo, por una actitud proactiva, no reactiva. O lo que es lo mismo: “no reaccionar a medida que van surgiendo imprevistos y dificultades, no esperar a que algo acontezca para darle una respuesta. Por ello hay que cambiar el estilo reactivo por la iniciativa y la búsqueda de alternativas” (p. 52). La autora, por otra parte, es consciente de esas circunstancias ambientales y sociales que tanto nos condicionan; pero, al mismo tiempo, está convencida de que no determinan nuestra posibilidades de actuación.

Especialmente esclarecedora es la parte en la que Elena Cano analiza la comunicación, concediéndole la importancia que merece. ¿Qué sería de la enseñanza, y de la vida misma, sin comunicación? Para empezar, la comunicación nos ayuda a relacionarnos. Por obvio que parezca. De ahí que nos proporcione una serie de ideas con el fin de mejorar dicha comunicación. Ideas, en apariencia sencillas, como: escuchar con atención a los demás (sonreír, asentir con la cabeza), intentar ser empático (poniéndose, si es preciso, en el lugar del otro), ponderar las consecuencias de nuestras frases, estudiar el mejor momento de decir algo, no utilizar palabras peyorativas y, finalmente, analizar siempre la audiencia a la que nos dirigimos. Estos consejos, sin duda valiosos, traen consigo unas propuestas para mejorar la comunicación oral. Es preciso, nos viene a decir la autora, ser natural y no fingir ser una persona que no se es: “Una persona –añade– puede ser tímida, pero puede aprender a mirar a los ojos a sus interlocutores; otra persona puede poseer una personalidad arrolladora, pero puede aprender a dejar a hablar a los demás” (p. 71). Páginas más adelante, hallamos toda una serie de consejos prácticos a la hora del instante supremo de comparecer ante un auditorio, ante un público que no nos va a dejar de observar, que lo espera todo de nosotros, de nuestras explicaciones. En tales situaciones conviene no realizar gestos (mesarse los cabellos, tapar y destapar un bolígrafo, tocarse las gafas, rascarse compulsivamente...) que delaten nuestros nerviosismo. Lo mejor, para empezar, es disponer de un buen guión e iniciar, si es posible, el discurso con una anécdota personal, con una frase impactante, con una pregunta al auditorio, con un refrán, con un chiste. Y emplear frases

cortas, cambiar de tono de vez en cuando, emplear metáforas, utilizar anécdotas, marcar claramente los elementos que queremos destacar.

La obra nos habla, asimismo, de esos otros fenómenos, dentro del mundo escolar, que han surgido recientemente. Nos estamos refiriendo a hechos como el *mobbing* o *bullying* escolar. Las propuestas de la autora para la intervención resultan meridianamente claras: intentar identificar bien el conflicto; captar la máxima información acerca del tema; abordarlo; buscar y proponer soluciones, e intentar que “nadie salga herido personalmente de situaciones conflictivas”.

El libro, pues, amén de estar bien escrito, resulta de gran utilidad porque aborda asuntos que nos conciernen a todos, no sólo a los docentes, puesto que la educación, como se ha venido diciendo por activa y por pasiva, es un asunto en el que no está excluido ningún sector de la sociedad. Si algún reproche hay que hacerle a la obra es el hecho de que el “Glosario” que incluye al final de estas páginas se nos antoje corto; y, por otra parte, el que en las referencias bibliográficas falten conocidos volúmenes, imprescindibles en la materia.

JOSÉ BELMONTE SERRANO
Universidad de Murcia